

Quasimodo. Los cuatro días prometidos se quedaron en dos, afortunadamente.

No en vano esperaba yo que llegara el tío Paco con la rebaja, ó más bien el alma caritativa con la advertencia...

¡Dios se lo pague!

XVI

ATREVIMIENTOS

(1902)

I

El domingo último fué recibido oficialmente en la Academia de Bellas Artes, que todavía se llama de San Fernando, el escritor *verde* y anticristiano Jacinto Picón, académico ya de la Española de la Lengua.

Su discurso de recepción, que no podía distinguirse por la brillantéz literaria, pues el autor no escribe más que medianamente, se distingue por el espíritu sectario que le inspira y por la audacia, por el verdadero descaro con que en él se niega la verdad, aun en puntos en que está universalmente reconocida.

La lectura de semejante discurso en una reunión de personas que pasan por cultas y su publicación á la faz de España cristiana, constituye un atrevimiento rayano á los dominios de la desvergüenza.

Y con ser el discurso tal y tan malo, agrava

todavía sus procacidades la exposición laudatoria que hace de él, en dos columnas mortales de *El Imparcial*, otro académico probablemente.

Merece comentarse, y empieza así:

«Verificóse ayer tarde en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando la recepción del notable crítico y excelente novelista...»

Como crítico, no tiene de notable el señor Picón más que la saña contra todo lo religioso, contra todo lo sobrenatural; y como novelista, no sólo no es excelente ni con mucho, sino que no es novelista siquiera: es un cuentista soso y pornográfico.

Pero así se escribe la historia.

Y sigue el amigo diciendo que «revistió el acto el esplendor correspondiente á la autoridad de la ilustre Academia y al nombre del nuevo académico», lo cual puede pasar; porque como la ilustre Academia no tiene autoridad de ningún género y el nombre del nuevo académico, artística ó literariamente considerado, tampoco significa nada, lo que viene á decir bien leído ese párrafo, es que no revistió el acto esplendor ninguno.

Pasa á hablar del discurso y dice que «es una hermosa y elocuente obra de crítica llena de profundos pensamientos y de sana y exquisita erudición»; para inteligencia de lo cual hay que tener presente que entre académicos se suele llamar hermoso á lo feo, crítica á la

negación sectaria, profundos pensamientos á las vulgaridades, sano á lo malsano, y exquisita á la erudición barata.

Continúa el panegirista diciendo que Picón «expone sus ideas en estilo castizo», lo cual no se puede dejar correr sin la advertencia de que hay académicos que llaman castizo á lo cruzado.

Añade que Picón «dice cuanto sabe (que no es mucho) y cuanto entiende (que aún es menos), rompiendo con todos los convencionalismos dominantes»; en lo cual incurre el amigo en una equivocación bien grave... A no ser que él llame convencionalismos á los dogmas, que son los que Picón quiere romper; pues, al contrario, con los verdaderos convencionalismos sigue estando muy encariñado; por ejemplo, con el de que los académicos se llamen sabios unos á otros.

Y vuelta al discurso diciendo: «El discurso que ayer se leyó en la Academia de San Fernando no será ciertamente de los que pasen inadvertidos».

Claro que no. Porque *El Imparcial*, que circula mucho, tratando de él con tanta extensión y con tanto bombo, hará que sus lectores le recuerden. Al menos como lata.

«El distinguido público que llenaba completamente el local de la Academia...»

Esto tiene traza de ser cierto... Alguna cosa que fuera verdad había de decir el encomiador

de Picón, y ésta lo debe de ser... Teniendo en cuenta que el local de la Academia, como no es grande, se llena pronto, por lo que el público que llenaba el local era casi todo de académicos, y los académicos se suelen distinguir del resto de los mortales, aunque no sea más que por su ignorancia, realmente era un *público distinguido*.

Añádese que éste «interrumpió varias veces con aplausos la lectura», lo cual sería verdad porque es costumbre; y que «al final el nuevo académico fué objeto de una *entusiasta y prolongada ovación*», lo cual también se puede admitir sin más enmienda que la de poner, en vez de *entusiasta y prolongada*, obligada y convenida.

«Realmente—continúa—y *sin que haya en nuestras palabras cosa alguna que no sea el reflejo de la realidad...*»

Esto prueba que hay en sus palabras mucho que no es el reflejo de la realidad, porque en otro caso no necesitaba hacer tales protestas. *Excusatio non petita...* ya se sabe.

Y sigamos. «Realmente, y sin que haya, etcétera, el discurso del señor *Picón* causó *impresión profundísima*.» Lo cual quiere decir que, á lo menos, entre aquel *distinguido público* de académicos no causó el discurso impresión ninguna.

Cuando el expositor tiene que emplear tales *superlativos...*

Ahora, en el público ilustrado de fuera que haya leído en el periódico lo principal del discurso, no hay duda que habrá producido impresión, y muy desagradable.

Según el cronista, «después de consignar breve y justo elogio de su antecesor D. Leopoldo Augusto... (etcétera, que no era más que un pobre hombre), entra el Sr. Picón á exponer el tema de su discurso: *Observaciones acerca del desnudo y su escasa representación en el arte español.*»

¡Ahí le duele al nuevo académico!

El que haya tan poco *desnudo* en el arte español, que es esencialmente cristiano, constituye para Picón una desgracia de la que no puede consolarse.

Porque Picón, igual que alguna otra persona que ahora no es menester nombrar, tiene la manía de lo obsceno, y, como escritor, vamos, como mal escritor, parece que se ha impuesto la misión especial de popularizar y de aclimatar la lujuria, escribiendo *verduras* insoportables en las novelas y en los cuentos, para que el público se vaya acostumbrando á esas cosas y se hagan comunes y corrientes.

Misión bien triste por cierto.

II

Enunciado el tema de Picón, ya pueden los lectores figurarse lo que será el discurso: un himno desvergonzado á la impureza; un ataque necio al arte cristiano, y una apología del paganismo.

Lo que no podrán figurarse fácilmente es el extremo hasta donde lleva su saña antirreligiosa, ni el desahogo con que niega la verdad siempre que le estorba para sus fines...

Lamentándose amargamente de la castidad y pureza de nuestro arte, dice:

«En Italia, en los Países Bajos, en Alemania, en Francia, doquiera se ha desarrollado la pintura y la estatuaria, *el desnudo* ha producido muchas y admirables obras (*no las habrá producido el desnudo; las habrán producido los pintores*); aquí el desnudo, *á pesar de nuestra gloriosa tradición*, es en el cuadro y en la estatua un detalle, rara vez la estatua ó el cuadro todo.»

Afortunadamente. Y no *á pesar* de nuestra gloriosa tradición, sino precisamente por ella y en armonía con ella.

Precisamente por nuestra gloriosa tradición artística, pura y espiritual, es por lo que las desnudeces impúdicas no mancharon nuestro arte, á lo menos en la época de su mayor flore-

cimiento. Ya en la decadencia fué cuando pagó tributo á esas malas inclinaciones el escéptico Goya, que debía de ser una especie de Picón, aunque algo miedoso y contenido por los saludables frenos inquisitoriales.

En párrafos que no me atrevo á reproducir, ni aun para censurarlos, por temor de ofender á los lectores, trata el nuevo académico de explicar lo que es el desnudo en el arte, párrafos de los que el otro académico expositor en *El Imparcial* dice que son *de la más exquisita literatura*, con lo que sigue haciendo recordar el proverbio latino que dice, ó puede decir: *Academicus academicum fricat*, ó la conocida fábula de D. Manuel Fernández y González.

Habla luego de dos *corrientes* (después resultan *elementos*, el jónico y el dórico), que contribuyen á elaborar el espíritu helénico, y se le hace la boca agua diciendo que «allí la religión y la poesía se confunden, porque los poetas son los que dan forma á las creencias». Y estas son las únicas creencias que le gustan á Picón, las formuladas por los poetas, que no obliguen á nada.

Del primero de aquellos elementos, dice que «engendra dioses que pueblan el Olimpo, gobiernan el mar y bajan á la tierra, *haciéndola teatro de sus amores*», libres, por supuesto, que es como Picón quiere que sean; y del segundo, dice que «produce atletas y guerreros que se educan para ser hermosos», y lo mejor

de todo es que «unos y otros» dioses y guerreros «andan por el mundo desnudos».

Este es, por lo visto, el ideal de Picón y de su encomiador en *El Imparcial*; que ande la gente desnuda por el mundo. Para eso va el uno á perorar á la Academia de Bellas Artes, y pondera el otro su perorata á los lectores del periódico; para ver si consiguen que se supriman los vestidos.

No lo conseguirán, Dios mediante, acá en estas tierras; pero tienen un medio fácil de darse gusto, á lo menos, en parte. Como quiera que ese ideal es todavía lo práctico y corriente en algunas tierras habitadas por salvajes, que andan desnudos ó con muy poca ropa, pueden irse allá á hacerles compañía, al centro de Australia ó al extremo meridional de América, para que no les cause horror el vestido.

Lo que sigue en el discurso no se puede copiar ni comentar siquiera.

Dando un gran salto para salvar párrafos verdaderamente fangosos, se llega donde el encomiador de Picón pregunta con una candidez increíble:

«¿Por qué el triunfo del Cristianismo significa la desaparición del desnudo en el arte?»
¡Tomal... Porque era una porquería.

Parece mentira que ni al encomiador ni al encomiado se les haya ocurrido esa razón tan clara. Pero es lo cierto que no se les ocurre, pues el nuevo académico trata de explicar el

fenómeno, y para ello razona, digámoslo así, del modo siguiente:

«... Parece que la inteligencia humana, apartándose de lo racional, se deja absorber por lo teológico.»

Así. Ya lo saben ustedes: lo teológico no es racional; lo *racional* son los amoríos impuros de los falsos dioses y de los héroes que, con gran contentamiento de Picón, andaban desnudos por el mundo. Lo teológico no es racional, sino irracional: así lo dice Picón, que, seguramente, no ha saludado á la Teología, pero... por eso lo dice.

Y añade inconsolable el hombre:

«El símbolo transparente es reemplazado por el misterio impenetrable: los filósofos enseñan la austeridad y el desprecio de la dicha...» De la falsa dicha, que los paganos griegos y el paganizante Picón hacen consistir en los sucios placeres de la carne; pero no de la dicha espiritual, de la dicha verdadera.

Luego se lamenta el académico de Bellas Artes de que muriera el Dios Pan, y sigue:

«Los oráculos enmudecen, el mirto sagrado se seca en los jardines de Pafos, y allá, en los pedregales de Galilea, surge la creencia nueva, la religión que santifica el dolor, castiga el cuerpo y convierte en valle de lágrimas la tierra.»

No; la tierra ya era valle de lágrimas: la creencia nueva, la religión cristiana no con-

virtió la tierra en valle de lágrimas, porque lo era ya; lo que hizo fué enseñar á los hombres á mirarla y considerarla como era realmente. Y además enjugarles las lágrimas con la esperanza del cielo.

Por lo demás, merece notarse que el suceso que entristece á Picón, eso de que los oráculos enmudecieran y el mirto se secara, etcétera, etc., que eran las señales de que iba á surgir la verdadera religión, de que se aproximaba la Redención divina, causó alegría general en el mundo. El mismo Virgilio, poeta pagano, cantaba entusiasmado la transformación universal, diciendo:

*Magnus ab integro sæculorum nascitur ordo...
Jam nova progenies celo demittitur alto.*

No se olvide. Virgilio, poeta pagano, se alegraba del avocamiento del mundo al Cristianismo. Picón, liberal, que no es poeta, pero que fué bautizado é iniciado en la vida espiritual del cristianismo, se entristece con la transformación cristiana, y la deplora.

Y el cronista de *El Imparcial* le alaba el gusto.

III

Después de dolerse Picón muy amargamente de que «en los pedregales de Galilea surgiera la religión que santifica el dolor», es decir, la religión cristiana, la civilizadora del género

humano, la amante redentora de los esclavos y de los pobres, soltó la siguiente barbaridad, que es, sin duda, una de las mayores que se han dicho en el mundo:

«Vencido el politeísmo, el arte muere.»

Así, en seco.

¡Y eso se ha dicho en la Academia de Bellas Artes de una nación cristiana, de la nación cristiana por excelencia! Y los académicos y los convidados oyeron la blasfemia sin estremecerse, sin protestar con estrépito. Pero ¿qué habian de protestar, si, según el cronista de la hazaña, premiaron con aplausos al energúmeno...?

¿Qué Academia de Bellas Artes es esa que oye callada y hasta complacida decir que el arte murió con el politeísmo? ¿Es que no queda en ella ningún cristiano? ¿Es que ya no hay allí nadie con buen sentido ni con entendimiento?... Porque estas solas condiciones bastaban para no asentir á tan gran disparate, á tan gran falsedad estética é histórica.

Nada: el arte murió con el politeísmo. Fuera de aquellas sucias representaciones de los goces sensuales; fuera de aquella falsa religión que consistía principalmente en imitar y adorar á las bestias, no hay nada hermoso. En el Cristianismo no hay arte, ni cosa que lo valga. Los cuadros y las estatuas de la Edad Media que elevan el pensamiento y el deseo al bien infinito, no son obras de arte; ni Fray Angélico

co fué pintor, ni Dante fué poeta, ni las vidrieras ni la sillería de la catedral de León son obras artísticas, ni la misma catedral es hermosa...

¡Así lo dice en la Academia de *Bellas Artes* un nuevo académico; y los demás le escuchan, le aplauden y le abrazan dándole la bienvenida!...

¿Qué amor tendrán á las bellas artes, ni qué entenderán de bellas artes los que escuchan y no rechazan con indignación esas majaderías alevosas?

Después, el rabioso anticristiano se consuela un poco de la aparición de la creencia cristiana y de la muerte del politeísmo, que para él es la muerte del arte, pensando en que vendrá el renacimiento, y «todo lo que hizo Grecia será considerado divino (por los sectarios y los papanatas), y las estatuas roídas por el tiempo..., los relieves partidos y hasta los utensilios domésticos se buscarán á modo de reliquias»; pero no se consuela del todo, porque ¡ay! «el arte que los había creado no volverá á ser un sentimiento que, como en Grecia, *constituya parte de la vida colectiva.*» Esto es lo triste y lo desconsolador para Picón: que á pesar del llamado renacimiento (que fué un verdadero retroceso artístico), los pueblos no hayan vuelto al politeísmo, no hayan vuelto á vivir á lo pagano; aunque ya, desgraciadamente, poco les falta.

Ese, sin duda, es el *desideratum* de Picón y de sus amigos: que los pueblos, desterrando por entero el vestido y el pudor, vivan como rebaños de bestias, cuya suerte parece que envidian esos neopaganos allá en su interior; y abiertamente también alguna vez, como envidiaba Taine la felicidad de una piara de cerdos que se revolcaban en un llamardo (1).

Y, abiertamente, también envidian la felicidad de los animales algunos versificadores (no quiero darles el nombre de poetas, porque son todo lo contrario de la poesía), algunos versificadores americanos, modernistas ó decadentes, que no encuentran en la creación nada más hermoso ni más merecedor de sus himnos que el marón, el toro y el verraco... ¡Ah! estas aberraciones eran las que hacían exclamar á Donoso Cortés con intensa amargura: «Yo no sé si hay algo debajo del sol más vil y despreciable que la humanidad fuera de las vías católicas» (2).

«El renacimiento—continúa diciendo Picón, sin consolarse del todo—nos devolverá los dioses restaurados sólo para la *cultura literaria*; no tornarán enteros y gloriosos... no resucitan más que en la mente de *los poetas.*»

De los poetastros querrá decir. Porque los verdaderos poetas, dentro del Cristianismo,

(1) *Viaje á los Pirineos.*

(2) *Ensayo sobre el Catolicismo.*

tampoco han hecho caso de esas ridículas antiguallas. Y menos desde que Zorrilla, el mayor de todos, dijo en hermosísimos versos, que á Picón no le gustarán, de seguro:

Que el rayo vivo de la fe cristiana
Cegó las musas y quemó el Parnaso.

Y ya que he citado á Zorrilla, á cuyas sublimes leyendas, saturadas de espiritualismo, de poesía y de inspiración cristiana, se ha atrevido á poner un prólogo poco hace el anticristiano y materialista Picón, por encargo, sin duda, de algún editor poco entendido; ya que he citado á Zorrilla, verdadero artista, he de oponer á la desautorizada opinión estética, ó antiestética, del paganizante Picón, los juicios que el gran poeta emitió en la dedicatoria que del segundo tomo de sus versos hizo á sus amigos D. Juan Donoso Cortés y D. Nicomedes Pastor Díaz.

«Al publicar el segundo (tomo) he tenido presente dos cosas: la Patria en que nací y la religión en que vivo. Español, he buscado en nuestro suelo mis inspiraciones. Cristiano, he creído que *mi religión encierra más poesía que el paganismo...* Creo que vale más nuestra María llorando, nuestra severa Semana Santa y las suntuosas ceremonias de nuestros templos, que la impúdica Venus, las nauseabundas fiestas lupercales y los vergonzosos sacrificios de Baco y de Plutón...»

Y cuidado, que Zorrilla no era un crítico huero que hablara por hablar, sino un poeta que confirmaba con obras sus apreciaciones; pues á continuación de los juicios transcritos sobre las bellezas de la religión cristiana, dió al público *El día sin sal* (la famosa paráfrasis del *Dies irae*), *La Virgen al pie de la Cruz* y la leyenda *A buen juez, buen testigo*, tres obras de las mejores que se han escrito en castellano.

Continúa doliéndose Picón de que las estatuas clásicas resucitadas tuvieran que «refugiarse en los palacios de los ricos», porque el pueblo no comprendía su hermosura (naturalmente), «hasta que en nuestro siglo tienen que venir á formarse en las frías salas de los museos, donde el público *las visita sin emoción* de tarde en tarde, *avergonzándose* de aquella desnudez que en otro tiempo pareció sagrada».

A papanatas y académicos solamente.

De los anteriores párrafos de Picón dice su servil jaleador, después de llamarlos *hermosos*, que están *inspirados en el más noble culto del arte.*» Por donde verán los lectores que el tal encomiador resulta aún más antipático que el encomiado.

Después dice el mismo encomiador que la falta de espacio le impide transcribir «el párrafo inolvidable en que Picón presenta lo que es *el arte triste y pavoroso de la Edad Media.*» ¡Bueno será el párrafo!

Y sigue el encomiador su tarea ridícula:

«Hablando de los grandes pintores de nuestro Siglo de Oro, prueba Picón (no es verdad, no lo prueba, lo dice porque quiere, sin probarlo) que las leyes no les concedieron protección equivalente á su mérito, y los príncipes de la Iglesia tampoco fueron protectores de las bellas artes.»

Esta insistencia en negar la verdad con desesperación de condenados, no merece más contestación que el desprecio... La Historia dirá que un rey de España se agachó al suelo para coger un pincel que se le había caído á un pintor, y se le dió á la mano; pero este y otros hechos no pueden impedir que un infeliz, ó dos infelices, enemigos furiosos de la monarquía cristiana, digan que nuestros reyes no consideraron ni protegieron á los pintores; «que pudieron ciertos monarcas mostrar afecto personal á determinados artistas, pero comúnmente les consideraban como simples oficiales de manos, y no les abrumaban con dádivas».

Por lo regular, todas las mejores obras literarias llevan en sí la prueba, en la dedicatoria, de que los príncipes y los señores cristianos tenían bajo su protección á los buenos escritores. Pero esto no impide que un escritor malo, como Picón, y otro peor, que no firma, llenos de odio á la monarquía y á la Iglesia, aseguren que ni los príncipes ni los señores, seculares ó eclesiásticos, protegieron á los ar-

tistas y á los escritores de mérito, que no les abrumaron con dádivas...

No. ¡Si fuera ahora! Ahora sí que los gobiernos protegen á los escritores y á los artistas...

¡Qué rico y qué mimado de la fortuna murió Zorrilla en plena época moderna!

Y eso que era una gloria nacional, si las ha habido.

Y si no se murió de hambre, fué porque unas señoras ilustres se asociaron para suplir las deficiencias del Gobierno, para pagarle una modesta pensión anual, que no quisieron votar las Cortes liberales, esas Cortes que ordinariamente votan tantos y tan injustos despilfarros.

IV

Siendo el propósito de Picón cantar las excelencias del desnudo y dolerse de su escasez en nuestro arte, seguramente no se les alcanza á mis ilustrados lectores cómo pueda conducir al desarrollo de ese tema ó á la demostración de esa tesis la falsa afirmación de que los católicos monarcas españoles de los siglos XVI y XVII no protegieron á los artistas, así como tampoco los señores seculares ni los príncipes de la Iglesia.

Sin embargo, ya han visto cómo y con qué ardimiento afirma Picón esa contraverdad ya desmentida por la historia. Y es que para Pi-

cón no hay apuradamente más tesis que el anticristianismo: y con tal de rebajar á los grandes reyes cristianos que mantuvieron la pureza de la fe católica contra la invasión protestante, contra la perfidia judía y contra la corruptora levadura morisca, con tal de hacer pasar por egoístas ó ignorantes ó poco cultos á aquellos monarcas y á los altos dignatarios seculares y eclesiásticos que les ayudaron en la santa empresa, no vacila en aducir argumentos falsos, que él mismo se encargará de refutar muy pronto.

En seguida; porque en el párrafo inmediatamente inferior al en que desatentadamente niega la protección de los reyes y señores cristianos á los artistas, dice:

«De los encargos de la *clerecía* ó de gentes dominadas por ella, vivían principalmente pintores y escultores.»

¿Que cómo se compone esto con lo de más arriba?... En realidad no se compone de ninguna manera; pues la verdad no se puede componer con la mentira, y esto es verdadero y lo otro es falso. Pero allá en la mente del autor, y conociendo su rabia anticatólica, se compone todo perfectamente.

Arriba, queriendo arañar á los reyes y señores cristianos por el pecado de serlo, los acusó de no proteger á los artistas; abajo, queriendo echar á la religión la culpa de lo que él llama atraso y retroceso del arte, confesó la protec-

ción que antes negara, y dijo que pintores y escultores vivían de la protección del clero y de las personas adictas á la Iglesia.

¿Qué necesidad hay de refutar las afirmaciones de Picón, si las refuta él mismo?

Primero:

«Los reyes no concedieron á los pintores protección... Los príncipes de la Iglesia tampoco fueron protectores de las bellas artes...»

Y después:

«De los encargos de la clerecía y de las gentes dominadas por ella vivían principalmente pintores y escultores...»

¡Qué lucidos quedan Picón y su panegirista!... Ya lo dijo el Profeta:

El mentita est iniquitas sibi (1).

En el párrafo en que confiesa Picón que el clero y los buenos creyentes cristianos eran los que sostenían en nuestro siglo de oro á pintores y escultores, añade, para explicar que no pintaran profanidades:

«*Acaso* muchos (pintores) soñaran con pintar á la diosa del amor en la umbría de una regalada floresta y tuvieran luego que ponerse á trabajar en macilento ermitaño de los que esperaban la muerte en la lobreguez de una *espelunca*...»

En castellano se dice cueva; pero si el autor

(1) Psal. XXVI, 12.

no usara pedanterías, ¿en qué se había de conocer su calidad de académico?

Por lo demás, la suposición de Picón es gratuita: porque nuestros pintores solían ser, por fortuna suya, tan cristianos como los que les encargaban y pagaban las obras.

Pero él se encuentra con la escasez del desnudo, vamos, del desnudo lúbrico, del desnudo puerco, pues el desnudo penitente y ascético abunda en nuestro arte; se encuentra, digo, con la escasez del desnudo obsceno, y por no echar á los artistas la culpa de esa que él cree falta, se la echa al clero y á las demás personas piadosas que pagaban los cuadros. Lo mismo da; pero conste que la suposición de Picón es infundada y es injuriosa para los pintores y escultores cristianos.

Aquí entra en funciones otra vez el ensalzador de Picón, que casi hace bueno al ensalzado, pues dice:

«Es el discurso del señor Picón, como se ve, una *prueba evidente y solemnisima* (¡mentira! no es ni prueba siquiera) de que en aquellos tiempos *que todavía alguien llamaba gloriosos*, de la vida española, el arte se hallaba supeditado á la *ignorancia frailuna*, á una falsa y equivocada devoción y á los excesos de un misticismo suicida.»

¡La ignorancia frailuna! Si mis lectores supieran quién es el autor de estas arrogantes

majaderías, estoy seguro de que les había de hacer muchísima gracia la frase.

Yo, aunque tampoco sé quién es, lo sospecho; pero como no lo puedo afirmar, no se lo digo.

Únicamente les diré que si el que habla de la ignorancia frailuna es quien yo sospecho, no hay necesidad de citarle frailes como Santo Tomás de Aquino, Suárez, Soto, etc., etc., para confundirle, sino que se le puede contestar diciéndole que, entre todos los frailes que ha habido en el mundo, incluyendo por supuesto á los legos de todas las órdenes, seguramente no ha habido uno solo que no haya sido más sabio que él, ó hablando con más propiedad, menos ignorante.

Aparte de esto tiene gracia también lo que dice de los tiempos *que todavía alguien llama gloriosos* (los siglos XVI y XVII) de la vida española. Por lo visto el *sabio* incensador de Picón no se lo llama. Y es natural: él llamará *gloriosos* á los tiempos de ahora, á los de Cavite y de Santiago de Cuba.

En aquellos tiempos éramos los dueños del mundo, y ahora somos su ludibrio y su befa. Pero ahora puede llegar á académico cualquier ignorante, y hablar luego con mucho pescuezo contra la *ignorancia frailuna*.

Y sigue todavía.

«La Inquisición»... (¡qué falta nos está haciendo!)... «La Inquisición remató la obra; cri-

ticos y tratadistas fanatizados la consumaron y el resultado de tales campañas fué que la inspiración de los grandes pintores del siglo XVI se vió *reducida* á límites estrechos y *reducidos*.»

¡Anda, salero!... «*reducida* á límites estrechos y *reducidos*.»

¡Y este *sabio* que así escribe es el que habla de la ignorancia frailuna y trueno contra ella! ¿En qué libro de fraile ha leído él una *belleza* como esta suya?

Y sigue:

«Por eso añade Picón, tras larga prueba, que lo es de su doctrina y de *su ciencia*...»

¡Dios mío, *la ciencia* de Picón!... ¡Es claro! tras de la *ignorancia frailuna* tenía que venir la *ciencia de Picón*, porque de las barbaridades se puede decir lo que de las cerezas tirando de una, salen enredadas una docena. ¡*La ciencia* de Picón! Vamos... ¿Se han formado mis lectores idea de la *ciencia* del incensador de Picón, *ciencia reducida* á límites estrechos y *reducidos*, como él dice?... Pues la de Picón es así al consonante.

Y Picón es ahora el que dice:

«Por eso el desnudo de nuestra pintura y escultura en el siglo XVII es desnudo de mártires. San Andrés, descuartizado; San Bartolomé, desollado; San Esteban, apedreado...»

¡Ah! ¿Conque no es tan escaso el desnudo en nuestro arte como Picón decía primero...?»

No es tan escaso: en nuestro arte hay desnudo, sólo que no es el desnudo pornográfico que á Picón le gusta; es el desnudo penitente, es el desnudo de mártires, que él no puede sufrir; por eso continúa malhumorado el párrafo condenatorio del desnudo santo, diciendo:

«Santa Catalina llena de llagas, Santa Lucía vacías las cuencas de los ojos... hasta la infancia contribuye al dolor universal con Santos Justo y Pastor y con el degüello de los inocentes.»

¡Horror! El degüello de los inocentes... pintados... Claro que á Picón y á los descreídos como él no les puede gustar eso, porque no les gustan los degüellos pintados.

Si fuera á lo vivo, como el degüello de los frailes, ya era otra cosa.

Sigue lamentándose Picón de la poca fortuna que tuvo la pornografía en España en los buenos tiempos del arte, y dice:

«De 517 cuadros que hay en el Museo de Madrid, 224 son de religión y piedad (¿duele, eh?). Para todos los demás géneros sólo quedan 393, en su mayoría retratos de personas.»

Picón se maravilla de esa preponderancia de los asuntos religiosos porque es ateo, ó cosa así, pero no hay motivo para maravillarse.

Siempre ha sucedido lo mismo.

También las estatuas griegas eran asuntos de religión, sólo que eran de religión falsa... El mismo Picón, cuando clama por la pintura

y por la escultura obscenas, lo hace porque á la obscenidad rinde culto.

Quedan todavía en el discurso de Picón y en el elogio que de él hace su amigo muchas cosas dignas de severa censura; pero la refutación minuciosa de todo lo que en ambos escritos la merece bastaría por sí sola para llenar un libro.

XVII

A DOÑA EMILIA

Donde se halle.

(CARTA DE LA GARDUÑA.)

Respetable señora mía: Desde el desván oscuro y telarañoso de un antiguo parador de la carretera de Madrid á la Coruña, me acabo de enterar hoy mismo de que usted cree que yo tengo alas, y vuelo cuando se me antoja...

¡No fuera malo!...

Pero desgraciadamente no es así... Y no queriendo dejar á usted en error tan grave, allá van estas cortas letras á sacarla de él, si es posible.

La cosa ya no es reciente, por lo visto. Cinco años y pico diz que hace ya que usted soltó esa especiota disparatada en un periódico de esos que llaman *ilustrados*; pero yo no lo supe hasta ahora.

Y no debe usted extrañar mi atraso de no-